



JUAN RUIZ DE ALARCÓN

LAS LETRAS MEXICANAS

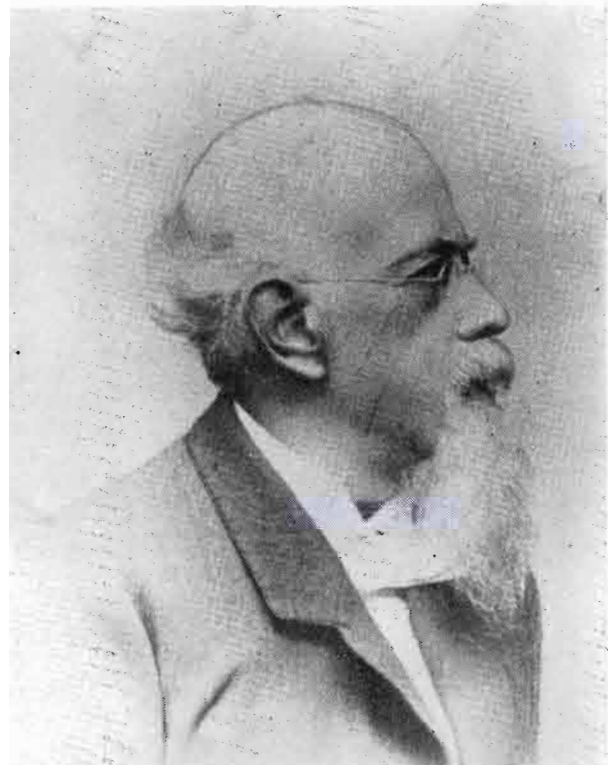
MENÉNDEZ Y PELAYO

Francisco MONTERDE



SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

VICENTE RIVA PALACIO



EL centenario del nacimiento de don Marcelino Menéndez y Pelayo, que se conmemoró a lo largo de 1956 en los países de habla hispana, sugiere una revisión de aquellas páginas de su extensa obra en las cuales puede advertirse su interés por las letras mexicanas.

Con anterioridad, se ha hablado de algunas ausencias y limitaciones en relación con aquella parte de nuestra literatura que enfocó al formar en 1892, por encargo de la Real Academia Española, su *Antología de poetas hispano-americanos*.

Conviene ahora señalar la presencia de los escritores mexicanos en la obra de Menéndez y Pelayo y preferentemente en su *Historia de la poesía hispano-americana*, título en el cual no prescindía del guión, con posteridad suprimido por el uso.

Desde antes de iniciar aquella antología, Menéndez y Pelayo avanzó en su recorrido para aproximarse a los escritores hispanoamericanos, al establecer contactos perdurables, para fijar sus conexiones con la literatura española, a través de los trabajos por él emprendidos.

En lo que se refiere a los poetas mexicanos, hacia 1885, al redactar la parte correspondiente de su *Horacio en España*, se acercó a don Juan Ruiz de Alarcón y a Sor Juana Inés de la Cruz, y buscó también "los orígenes de la moderna poesía de Nueva España, en la llamada *Arcadia Mexicana*, de la cual fue Mayoral Fr. Manuel Navarrete".

Los poetas Joaquín María del Castillo y Lanzas, Manuel Carpio y Francisco Manuel Sánchez de Tangle, aunque juzgados por él con severidad, quedaban allí colocados en el lugar que desde entonces conservan, tanto en las antologías como en las historias de nuestra literatura.

A José Joaquín Pesado, a quien Juan de Dios Peza no había incluido en su *Lira mexicana*, Menéndez y Pelayo lo situó "al frente de todos los poetas mexicanos" —de su tiempo, se entiende—, y mencionó a Anastasio de Ochoa, como traductor de Diego José Abad, aunque no con la precisión deseable, en cuanto al título y la obra, según Francisco Pimentel observaba.

* * *

En la *Historia de las ideas estéticas en España*, de don Marcelino Menéndez y Pelayo, aparecían los nombres de dos escritores mexicanos que fueron desterrados de su patria y acogidos en Italia, cuando Carlos III expulsó de sus dominios a los miembros de la Compañía de Jesús: Francisco Javier Alegre y Pedro José Márquez.

Al último de estos escritores, pocos le recordaban antes de aparecer aquella obra de Menéndez y Pelayo: José Mariano Beristáin y Souza olvidó incluirle en su *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, que tantos nombres contiene.

Por lo que se refiere a escritores coetáneos suyos, Menéndez y Pelayo logró conocerlos y estimarlos gracias a la abundante correspondencia que sostuvo, de fines del siglo XIX a principios del actual, con algunos que se hallaban muy distanciados entre sí, por sus ideas políticas opuestas.

Como corresponsales de aquel, en su *Epistolario* figuran, entre otros escritores, José María Roa Bárcena, Ignacio Montes de Oca —que cambió cartas y opiniones con Menéndez y Pelayo, durante más de una década—, Joaquín Arcadio Pagaza, Rafael Ángel de la Peña, Joaquín García Icazbalceta, Luis González Obregón, Vicente Riva Palacio, Francisco A. de Icaza, Francisco Sosa, Amado Nervo y algunos menos conocidos.

* * *

A ese intercambio intelectual que le permitió afirmar su criterio, deben atribuirse algunas modificaciones hechas por Menéndez y Pelayo en el plan inicial de la *Antología de poetas hispano-americanos*, en la que la Real Academia Española se proponía incluir también a los poetas coetáneos, al proyectarla en dos tomos, sin tener idea de la amplitud que alcanzaría sólo con los ya desaparecidos.

El mismo nos dice que se pensó formar también una antología de prosistas, y después de ceñir sus propósitos a la poesía hispanoamericana en castellano —con lo que excluyó la poesía en lenguas indígenas—, aún se prometía, en 1910, completarla más tarde, "con el tratado de la poesía portuguesa en el Brasil".

* * *

Al reimprimirse en 1911 la introducción de la antología —que conservó en la historia con el subtítulo *Advertencias generales*— no la modificó Menéndez y Pelayo. En el capítulo que trata de México, sí introdujo cambios pues hizo algunas supresiones —muy contadas— y adiciones. Estas últimas se advierten, sobre todo, en las notas: en lo que agregó para poner al día la parte biográfica y bibliográfica.

A un propósito definido, a su honradez de crítico literario consciente, se debieron aquellas páginas de la Introducción en las que aparecen varias digresiones acerca de los poetas de mayor relieve, épicos, líricos y dramáticos.

El valor de la antología, de la cual separó Menéndez y Pelayo, en 1910, las introducciones, que fueron adicionadas y modificadas en parte, para reimprimirlas "formando cuerpo de historia", ha sido juzgado por quienes recorrieron después la senda en que él los precedió con firme, seguro paso.

* * *

Nuestro país resultó singularmente favorecido en la obra de Menéndez y Pelayo, en muchos aspectos:

EN LA OBRA DE Y PELAYO

no sólo por la posición que, de acuerdo con el plan de la antología, conservado al distribuir el material que formó la historia, le correspondió al encabezar el conjunto.

Confirma esa actitud de leal interés la frase final de las *Advertencias generales*, en la que se afirma que México es "principal representante en el Norte de América del genio de nuestra raza", y las palabras con las cuales se inició el capítulo primero, donde habla del Virreinato de la Nueva España: "la parte predilecta y más cuidada", "aquella donde la cultura española echó más hondas raíces".

Se advierte la atención con que el crítico —sin duda, no sólo por espontánea simpatía hacia sus amigos, los correspondientes de México— desarrolla el plan que se trazó, dentro de ese capítulo, el inicial de su historia.

El hecho de que se detenga a menudo, al proporcionar mayores detalles, y de que conceda espacio más amplio a los antecedentes, para crear la perspectiva indispensable; los elogios que dedicó a la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, de la cual dice que es "obra en su línea de las más perfectas que posee nación alguna", y a un solo autor, don Joaquín García Icazbalceta —"gran maestro de toda erudición mexicana"—, son también confirmaciones de esa actitud comprensiva, justiciera.

* * *

A veces, Menéndez y Pelayo rebasa el límite previamente fijado a la obra, para referirse a huéspedes ilustres, de los que contribuyeron a echar las bases de la literatura mexicana, como Bernardo de Balbuena, sobre cuyo poema descriptivo de México escribió páginas a las que ha tenido que volverse más tarde, ya que ese estudio sólo en lo biográfico ha sido superado por investigadores recientes.

Los *Coloquios* de Fernán González de Eslava y la obra pastoril de Juan Pérez Ramírez, en el siglo XVI; las comedias de Ruiz de Alarcón, en el siglo siguiente, fueron examinados por él en forma breve, pero certera, a pesar de que unos y otras caían fuera de la zona que se había marcado.

Más riguroso fue al juzgar las tentativas épicas de Francisco de Terrazas y Antonio de Saavedra Guzmán; por ello, su juicio acerca del segundo, ha sido rectificado en nuestros días. En cambio, el parecer acerca de dos poetas líricos del siglo XVII: Matías de Bocanegra y Carlos de Sigüenza y Góngora, apenas han sufrido retoque.

En cuanto a su restringida admiración hacia Sor Juana, debida a sus preferencias por lo clásico —ya que el crítico era adverso a culteranos y conceptistas, no sólo hispanoamericanos—, fue también menor de lo que se supone. Debe recordarse que la celebró en

distintos aspectos de su obra y que él adicionó, cuidadoso, la entonces incipiente bibliografía sorjuánica.

Igualmente, amplió las noticias y los datos acerca de los humanistas del siglo XVIII —los ya mencionados Márquez y Alegre—, a cuyas obras se acercó, al revelarlas a otros para su estudio, después de haber establecido con ellas el primer contacto.

* * *

Si Lizardi, mencionado sólo por sus poesías, ocupa un corto espacio, y lo mismo ocurre con los fabulistas que suceden a aquél, como José Manuel Sartorio, a Navarrete dedicó un extenso, razonado juicio sobre lo que consideraba más perfecto en su poesía.

De los otros poetas del siglo XIX, con los que cerró la obra —que, como las demás inconclusas de Menéndez y Pelayo, podría haber ampliado si hubiera sido más larga su existencia—, fueron Manuel Eduardo de Gorostiza, Ignacio Rodríguez Galván y José Joaquín Pesado los que retuvieron más largamente la atención del crítico.

Como en Gorostiza, estudia en Fernando Calderón preferentemente la poesía dramática, mientras que en la obra de Rodríguez Galván destaca sobre todo la calidad de su lírica. En cuanto a Pesado, la digresión con que opone sus méritos a las relativas cualidades de la obra de Carpio, fue una oportuna defensa de cargos injustos.

* * *

El equilibrio, la serenidad —aun dentro de la inevitable pasión— de Menéndez y Pelayo avaloran su estudio de la poesía mexicana. Se descubren cuando escribe sobre Ignacio Ramírez; sobre Manuel Acuña, a quien abiertamente elogia por los aciertos de *Ante un cadáver*, "una de las más vigorosas inspiraciones con que puede honrarse la poesía castellana de nuestros tiempos".

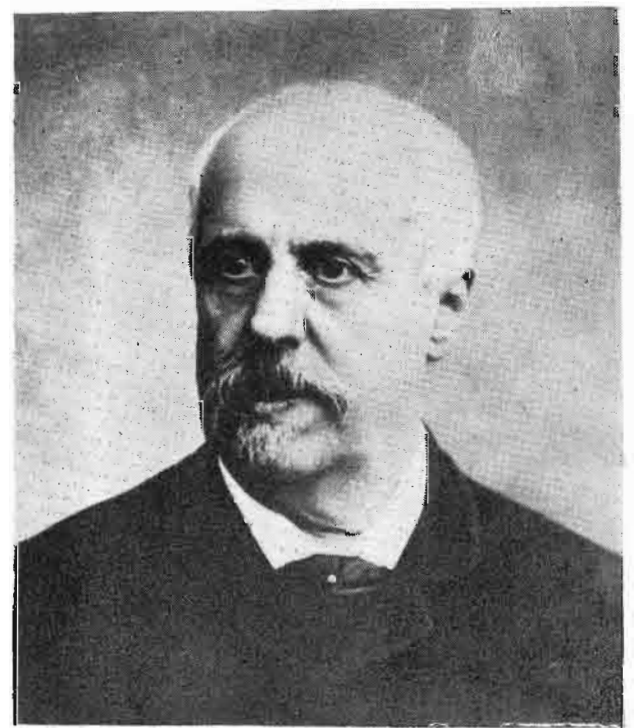
Otro tanto acontece en su juicio acerca de la obra de Manuel M. Flores, a quien estimó por su poesía erótica, sin aceptar la opinión de Roa Bárcena que prefería en ella lo épico.

Quien suponga estrecho y cerrado al futuro el recinto de la poesía mexicana del siglo XIX, según el parecer de Menéndez y Pelayo, debe releer los últimos párrafos de su Introducción, donde se advierte, ya en 1892, la presencia de la inquietud modernista.

Sobre todo, aquellas palabras con las que expresa un voto, sin duda cumplido, al desear que la mencionada tendencia, en la que percibía el "gusto de los *parnasianos* franceses y de algunos poetas italianos", resulta "favorable siempre a la pulcritud y al esmero en la técnica" y se concilie, en esos escritores, "con lo que de ellos exige la tradición poética española, y con el respeto a las grandes y primitivas fuentes de toda poesía".



LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN



JOAQUÍN GARCÍA ICZBALCETA

AMADO NERVO

